

CAPÍTULO III

PROTECCIONISTAS Y LIBRECAMBISTAS

1 MOMENTÁNEA VICTORIA POLÍTICA DEL COLONIALISMO

La guerra de la independencia (se realizó bajo el signo de la libertad de comercio y de la necesidad de establecer la irrestricta competencia de mercancías de todos los confines como norma suprema en política económica) decreta la muerte de la producción boliviana de telas de lana y algodón; de la actividad artesanal, en ese entonces todavía diversa, de considerable volumen y que había alcanzado calidad no despreciable; de la fabricación de vidrios, azúcar, pólvora, etc. La concepción de que la nación independiente, precisamente para consolidar la soberanía que había conquistado en los campos de batalla, debía abrir sus puertas a la influencia de los países manufactureros y altamente tecnificados, idea que emerge del tronco ideológico sustentado por los adalides de la Independencia, importaba, en la práctica, la sustitución de los pequeños productores artesanos y mineros (relativamente independientes) por el capitalista comercial y la gran fábrica. El tremendo aislamiento del país, tal uno de los rasgos diferenciales de su evolución durante casi todo el siglo XIX, y el gran retardo que sufre su incorporación a la economía capitalista mundial imposibilitaron la inmediata y total realización de dicho programa revolucionario. Ese aislamiento permitió a la limitadísima producción nacional -no olvidemos que vivía su etapa pre-capitalista- fortalecer políticamente y lograr la postergación de los objetivos de 1825 mediante el empleo de medidas proteccionistas, todo esto en forma momentánea. Los gobiernos de Santa Cruz y Belzu ocupan un lugar preeminente como abanderados de esa orientación económica. Santa Cruz pretendió dar proyección internacional a esa incipiente realidad.

Pero, Bolivia fue escenario de un hecho singular ocurrido bajo el signo de las medidas proteccionistas. No eran éstas disposiciones que tendían a favorecer la implantación de la gran industria, que posteriormente y para defenderse y desarrollarse, se hubiese visto obligada a plantear la lucha por el mercado internacional. El proteccionismo no correspondía, en ese momento a la necesidad vital de crecimiento de la burguesía nacional; bajo su vigencia se trataba, concretamente, de suplantar la insuficiencia y debilidad técnicas con las mencionadas medidas; de prolongar la agonía de la producción fabril colonialista, cimentada en la servidumbre feudal y el gamonalismo. La política proteccionista en esa época no era más que un arma de combate de la economía atrasada, que pugnaba por sobrevivir en un mundo adverso, contra la amenaza del capitalismo pujante y renovador. Sería un grueso error identificar la política desarrollada por Santa Cruz y Belzu con el proteccionismo practicado por los jóvenes países capitalistas europeos. Esos gobernantes nada hicieron para emancipar al país del colonialismo y no pueden ser considerados, a pesar de sus indiscutibles méritos y popularidad, como los estructuradores de la Bolivia nueva; ese mérito corresponde a los que militaban en la trinchera opuesta, a Linares, por ejemplo, el estadista que tanto hizo por la victoria del liberalismo.

“El proteccionismo -dice Marx- es un medio que sirve a la implantación de la gran industria en un país dado, abriéndose con esto la necesidad del mercado internacional y, por lo tanto, otra vez la necesidad del libre comercio. Además, el proteccionismo desarrolla la libre competencia en los confines nacionales. Por eso en los países en que la burguesía empieza a tomar fuerza como clase, procura obtener medidas protectoras. Estas medidas le sirven como un arma contra el feudalismo y el absolutismo y facilitan la concentración de las fuerzas y el libre comercio en su interior” (19).

La anterior tesis ha sido magistralmente presentada en “El Capital”.

“El sistema proteccionista fue un medio artificial para fabricar fabricantes, expropiar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar el tránsito del régimen antiguo al régimen moderno de producción”.

El triunfo definitivo del libre comercio en Bolivia trae como consecuencia obligada la ruina del pequeño

productor y del artesanado: Se puede decir que, en gran forma, la proletarianización de estos elementos prepara el clima propicio para la estructuración definitiva de la feudal burguesía y la invasión del capital financiero. El librecambio al destruir los fundamentos mismos del colonialismo era un paso progresista y el proteccionismo, que defendía las tradiciones brillantes del pasado, una actitud reaccionaria. En ese entonces una línea revolucionaria consecuente no podía menos que ser librecambista en economía. El siguiente párrafo escrito por Marx puede aplicarse sin reservas a nuestro pasado:

“Hoy día el proteccionismo es por lo regular una medida conservadora, mientras que el librecambio obra como fuerza destructiva. Destruye las viejas nacionalidades y lleva hasta los extremos el antagonismo entre el proletariado y la burguesía. El librecambio acelera la revolución social, es únicamente en este sentido revolucionario, señores, que soy librecambista” (20).

Ya en 1825 se pone de manifiesto la política oficial proteccionista. El “liberal” Sucre da impulso a esas medidas, conforme se desprende de las actas de los trabajos de la diputación permanente (21). En el punto sexto se dice que se puso a su consideración una nota de “Su Excelencia el Gran Mariscal de Ayacucho de 25 de octubre” en la que se sostenía que las manufacturas de la ciudad de Cochabamba y de toda la provincia soportaban, conforme a disposiciones vigentes, gravámenes que se elevaban hasta un treinta y tres por ciento, “derivándose -continúa el documento- de esta indiscreta e injusta medida los continuos contrabandos que se hacen en perjuicio del erario. La junta dijo: que vendría gustosa en eximir de toda la pensión dichas manufacturas en obsequio de los que se dedican a este interesante ramo, y en consideración a lo mucho que les cuesta en el estado presente de las artes; pero que atendiendo a la escasez actual del erario, era de parecer quedasen con el seis por ciento de imposición”.

La dictación de disposiciones legales de tal tipo denuncian dos cosas: 1), que el gobierno no tenía el menor reparo en agravar la miseria de la mayoría de la población (esto después del malestar creado por la larga y agotadora lucha de la Independencia) para poner a salvo una industria enclenque y en declinación y 2), que la minoría que se beneficiaba con la producción indígena tenía, en ese entonces, un peso político decisivo. No pocos, utilizando abusivamente su influencia en los medios gubernamentales, conocieron el rápido enriquecimiento mediante el tráfico con mercancías aparentemente marginadas del comercio exterior. El fraude, el favoritismo y el contrabando son otras tantas fuentes del poderío económico de la clase dominante.

Entre los artículos cuya importación se prohibió figuraba el tocuyo y, por esto mismo, algunos privilegiados negociaban ilegalmente con él: “Más, con el decreto que imponía esta prohibición coincidió la importación de una fuerte cantidad de aquellos tejidos por una rica casa comercial de Sucre, que obtuvo luego el permiso de expenderlos en los mercados del país” (22).

Pese a que se prohibió importar algunos artículos, la producción nacional no pudo mantener inalterables sus índices frente a la sigilosa invasión de productos manufacturados, de mejor calidad y mucho más baratos que los nacionales, venidos unas veces venciendo las aduanas y otras a través del contrabando. Todo conspira contra la industria nacional, pequeña y débil que no puede servir de base a la burguesía, coadyuvando así a su derrota frente a la gran producción fabril europea.

“Las perturbaciones políticas, los gastos excesivos del Estado, las arbitrariedades de todo género, el abandono de las misiones de indios, el atraso de los caminos y medios de comunicación y de transporte, y muchas otras causas influyeron igualmente para impedir que los pueblos concretasen sus esfuerzos a la explotación de su suelo en gran escala y a la producción de materias primas tan importantes como el algodón, por ejemplo, o de los preciosos frutos tropicales con que, andando el tiempo y mejorando la situación política y social del país, habrán de surtir abundantemente los mercados extranjeros” (23).

GRITO DESESPERADO DEL PROTECCIONISMO

La pugna, muda en sus comienzos, entre la economía cimentada en fundamentos coloniales y el capitalismo interesado en controlar el mercado boliviano, encuentra su expresión vívida en la apasionada lucha que libraron los proteccionistas contra los librecambistas y que nuestros historiadores cometen la arbitrariedad de ignorarla. Existen muy pocos documentos sobre acontecimiento tan importante en el pasado de Bolivia, pero que aunque escasos, expresan con nitidez los objetivos de los sectores en pugna. El bien documentado Gabriel René Moreno consigna los aspectos fundamentales de la polémica habida

al respecto:

"La Epoca" (24), publicada en 1845, se había tomado la licencia (que en la época constituía un paso muy atrevido, G. L.) de ir contra el monopolio de las pastas de plata y pedir su libre extracción en provecho de comercio como del fisco, "impotente a ojos vistas para estorbar el contrabando". "El Eco de Potosí", al dictado de ideas contrarias al comercio libre, y el grito herido de una legión de empleados que a puño y pulso, conforme el sistema de la Colonia, convertían las pastas (de plata) en moneda sellada, se alzó para contradecir y señalar con el dedo a los "apóstoles que han venido a Bolivia a predicar una original abnegación... no representantes de la nación boliviana sino encargados de negocios extranjeros" (se refiere a los periodistas argentinos Domingo Oro y Juan Ramón Muñoz Cabrera, que publicaron hojas impresas gubernamentales desde la del gobierno de Ballivián). Mientras "El Eco" sí, a despecho de "La Epoca", es boliviano, y aunque débil se ha lanzado sobre la arena a defender los intereses nacionales aun cuando los de "La Epoca" quieran que "guardase silencio criminal, para que a mansalva saliesen los tesoreros de Bolivia y entrasen las plagas de Egipto, y para que los genios de la destrucción se enseñoreasen sobre las tristes ruinas del hermosos suelo que debe a Bolívar su nombre, y su gloria el valor y patriotismo de sus hijos".

"La Epoca", al igual que otros boletines, estaban escritos por intelectuales de importancia, "por los doctores de mayor crédito de la ciudad", dice René Moreno, y expresaban los intereses y decisiones de "industriales o comerciantes algunos de ellos, que no querían que Bolivia tuviese que ver nada con nadie en siendo gentes de afuera".

Un otro periódico, "El Eco de Potosí", una hoja digna de la época brava de nuestro periodismo deploraba, en forma violenta, la salida de la plata (en ese entonces el metal más importante de la producción), a fin de permitir la importación de efectos ultramarinos. "Se alarma del carácter invasor que está tomando en el país la internación de artefactos extranjeros, y clama para que los bolivianos se quiten la venda de los ojos y no dejen con el intercambio establecido sacrificar su propio bien por el ajeno".

El proteccionismo no era únicamente una doctrina o el contenido de leyes esporádicas, sino el meollo de las corrientes políticas que todos los días se expresaban en las columnas periodísticas. La lucha contra el capitalismo invasor era presentada como la esencia del nacionalismo y del patriotismo bien entendidos.

Los periodistas de todo el país, teniendo a las tendencias avasalladoras de la concurrencia de la producción extranjera mejor y más barata, se vuelven hacia atrás suspirando el recuerdo de los tiempos coloniales del monopolio, del consumo forzado y de la producción regional a palos y gatos.

Es curioso lo que dicen: "Todos sabemos que este pueblo, aún bajo el oprobioso coloniaje, era muy industrial, y que icosa singular! después de la emancipación ofreció el extraño fenómeno de ver arruinada su industria, porque le fue imposible sostener la temeraria lucha, a la que se le quiso obligar con los productos extranjeros. Así vemos secarse las fuentes de la prosperidad y paralizarse los resortes del progreso, en el nombre mismo de una revolución y de una libertad que parecían hechas para fecundarlos".

No solamente la protesta de los escritores se levantaba contra el ingreso de capitales al territorio nacional, pues no era por este canal que se manifestaba la influencia foránea, sino que tronaban al constatar los males causados por el "ilimitado comercio ultramarino", esto en un país que apenas sí estaba saliendo de su aislamiento. En cierta medida parecía añorarse la política de exclusivismo monopolista seguida por la Corona española, y ya había sido consagrada la Independencia de la República! La mercancía extranjera destruía simplemente todos los talleres que encontraba a su paso y al hacerlo seguía fielmente un camino tradicional de la penetración capitalista. "Al comercio ultramarino debemos la casi total desaparición de mil telares establecidos en todas partes, y con cuyos productos se vestían las tres cuartas partes de la población; al comercio extranjero debe la industriosa Cochabamba la paralización de sus variadas manufacturas, de las que se surtían estas vastas provincias, y que establecida allí desde la cuna de nuestra civilización sólo necesitaban un impulso más para perfeccionarse.

"Al comercio exterior deben todos los artesanos el menosprecio y vilipendio en que han caído sus obras, y la desnudez y miseria que les aflige... Al comercio extranjero debemos también una multitud de necesidades ficticias, de las que somos esclavos, la propagación de un lujo que contrasta con nuestra pobreza, y que aparte de sus graves inconvenientes morales, es en sentir de todos los economistas un

mal cierto para la riqueza de un pueblo, por cuanto aumenta sus consumos improductivos”.

Las nuevas mercancías se apoderaban, de manera incontenible, del mercado al que llegaban y comenzaban a transformar la mentalidad y los métodos de trabajo de los comerciantes. Los proteccionistas quedaron horrorizados por esta realidad y lanzaron su grito de desesperación al sentirse ahogados por lo que ellos llamaron el carácter invasor del comercio exterior. “Si nuestras comunicaciones con Europa fueran más expeditas y fáciles, de allí recibiríamos hasta los comestibles de nuestro uso diario y veríamos indiferentes a nuestros campos incultos, abandonados los rebaños y proscrita la agricultura, esto es si entonces no se hallaran quienes aplaudiesen tal barbarie caracterizándola como un progreso culminante, un salto abismal de nuestra patria, un triunfo completo de la civilización y perfeccionamiento sobre la triste y empolvada rutina”.

La profecía se ha visto debidamente confirmada, cosa que no tiene por qué extrañar. Los países que integran el capitalismo mundial se ven, por esto mismo, sometidos a una severa división internacional del trabajo. Muchos de los centros manufactureros de primer orden se ven obligados a importar materias primas y alimentos para mantener su condición de talleres del mundo.

No en vano se vivían nuevos tiempos; golpeaban las fronteras patrias un comercio también de nuevo tipo, el comercio capitalista. Este, utilizando los bajos precios, derriba todos los obstáculos y toma posesión de un mercado, echando por la borda a todos los competidores. En el pasado el comercio se reducía, casi siempre, a un trueque entre productos que no se producían en las diferentes regiones. El comercio capitalista, para poder vencer, destruye las industrias indígenas o las remodela a su imagen y semejanza. Las mercancías enviadas por el capitalismo llevan, como parte de su propia naturaleza, la tendencia a la dominación y a la destrucción de todas las formas de producción primitivas. *“La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas... La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China”* (25). Es esto lo que no quisieron o no pudieron comprender los teóricos del proteccionismo; el comercio internacional “invasor” se les antojaba sinónimo de barbarie. La economía de mercancías, al difundirse, lleva la civilización, aunque para ello utilice métodos brutales. “La marcha triunfal de la compra y venta de mercancías suele comenzar con obras grandiosas del tráfico moderno: líneas de ferrocarriles que atraviesan selvas vírgenes y perforan montañas, hilos de telégrafo, etc.” (26).

Inútilmente se clamó en favor de un comercio capaz de incentivar la producción indígena, de aumentar la riqueza de los comerciantes criollos y no de los monopolios extranjeros. Se alertó al pueblo sobre el peligro de un comercio que no podía menos que concluir encadenando a los bolivianos a las potencias extranjeras. “No un comercio -añade “El Eco de Potosí”- que no estimula la producción, y que muy al contrario sólo irrita el consumo; un comercio que es incompatible con la existencia y el progreso de la industria nacional; un comercio que parece inaccesible a la libre concurrencia, tan favorable al consumidor, porque no está sino en manos de unos cuantos extranjeros, sirviendo a ellos sólo de medio para acumular riquezas, que hoy o mañana desaparecerán para siempre de nuestra patria; un comercio, que por la posición central de Bolivia y por la dificultad de las comunicaciones, ofrece al consumidor boliviano los productos extranjeros a precios excesivamente recargados, y hace por lo mismo muy costosa la satisfacción de las necesidades que él mismo crea; un comercio que no se hace sino por plata, siendo por ello más y más ruinoso a la nación... un comercio que nos induce a la imperdonable locura de renunciar a nuestra libertad, ligándonos por medio de ridículos tratados con las potencias extranjeras”.

René-Moreno- incisiva y claramente, descubre la pugna social que se agita tras la polémica: “Habrase notado cómo por boca de los superiores, en ciertos lugares transcritos, resaltan bravías desde abajo las sensaciones, pasiones y preocupaciones de las muchedumbres mestizas de aquella sociedad” (27).

“La Epoca”, líder del librecambismo, estuvo dirigida primero por Juan Ramón Muñoz Cabrera y luego por Domingo de Oro, dos argentinos y anti-rosistas que luego contaron con la ayuda gubernamental y “de las gentes ilustradas del vecindario de La Paz... Pero rodeada de un vulgo inmenso y de un populacho ignorante y conocidamente malo”, conforme se desprende del testimonio del ya citado René-Moreno. Muñoz Cabrera y de Oro publicaron sendos folletos sobre la política de Rosas. “Rosas y el General Ballivián” y “Rosas y su política con los Estados sudamericanos”, en los que impugnaban la conducta de

Rosas y declaraban su política contraria a los intereses continentales. Muñoz Cabrera, perfecto aventurero, sirve a muchos gobiernos a partir de Belzu, asesora y encabeza delegaciones buscando firmar con Rosas un convenio comercial. En su folleto "Bolivia y su Actualidad" resumió el programa del gobierno de Achá en los siguientes puntos: "Construcción de caminos, navegación fluvial, libertad de industria, distribución de las tierras públicas".

En abril de 1845 el presidente Ballivián alentó y ayudó a su cuñado, el argentino Wenceslao Paunero, a establecer en La Paz una imprenta y fundar el diario "La Epoca". La publicación buscaba propalar el programa gubernamental y convertirse en centro de los exilados argentinos antirosistas. Paunero en una nota epistolar le dice a Félix Frías: "La Epoca" no será diario oficial; y antes de ocho días lo verá usted aparecer como niño que empieza a andar; pero más adelante se engreirá y se convertirá en un feliz y maldiciente de Rosas" (28).

En la historia del periodismo boliviano "La Epoca" es el primer diario y se dice que se contaba entre los mejores del continente. El acucioso René-Mareno expresa lo siguiente sobre la orientación que seguía: "Lo más notable de este diario es el criterio liberal y sensato con que trataba los intereses así externos como domésticos. Se apartó ante todo del acatamiento sumo al poder reinante; no sacó a puja los gachates de las otras gacetas para gorgoritear en coro la grandeza opulentísima, la gloria perínclita y el buen sentido admirable del pueblo boliviano". Aparece en mayo de 1845 bajo la dirección de Juan Ramón Muñón Cabrera, quien a fines del mismo año es reemplazado por Domingo de Oro.

Domingo de Oro inició su vida pública como secretario de la legación Alvear-Díaz Vélez, enviada por el gobierno de las Provincias Unidas ante Bolívar con el objeto de inspirarle "Una plena confianza, expresa en pliego, en los sentimientos e intenciones de este Gobierno, y su conformidad con los sentimientos de los pueblos que (Bolívar) preside...; persuadirle, igualmente del empeño que tiene el gobierno argentino" en estrechar sus relaciones con los Estados del Continente, y especialmente con Colombia, Perú y Chile. En segundo lugar, se esforzará en demostrar al Excelentísimo señor Presidente cuán peligrosa es la independencia y libertad de América la política adoptada por la Corte del Brasil, etc". "Federal doctrinario", fue amigo y partidario de Rosas y rompió con él cuando instauró su dictadura y desarrolló su política de estrangulamiento de las industrias del interior. Según Ricardo Rojas "Domingo Oro, sanjuanino de agudo talento político, llamado a desempeñar el ministerio de su provincia, empezó a urdir una trampa propia. Federal doctrinario había vivido en el Litoral, donde medió entre Rosas y López, de quienes fue amigo íntimo y eficaz consejero; pero al ver el rumbo que tomaba la dictadura en Buenos Aires, se alejó de Rosas y planteó las bases de una reacción federal en los Andes. Quizá pensó en unir las provincias del interior sobre el núcleo cuyano -como Facundo lo habría hecho-, para vencer la influencia centralizadora de Rosas "unitario" embozado bajo una engañosa divisa federal. Surgió entonces contra Oro la acusación de traidor a la patria; se le calumnió imputándole el querer anexar a Chile las provincias de Cuyo; lo enjuiciaron, lo voltearon, lo persiguieron y Oro emigró del país, desbaratado".

Domingo de Oro en Bolivia actúa al servicio del Gobierno de Ballivián, le sirve de secretario, elabora sus proclamas, cumple misiones diplomáticas confidenciales, redacta "La Epoca" y luego se le encomienda la reorganización de la "Gaceta del Gobierno", "cuya dirección asumió en diciembre de año 1846 para darle un tono que contrastaba con la aridez de las publicaciones de esa índole". A. Pinto Escalier pormenoriza la actividad del político y periodista argentino en Bolivia: "Si Domingo de Oro se había acreditado ante el Presidente Ballivián como juicioso informador diplomático, no menor predicamento adquirió como periodista y escritor... Y en el seno de la confianza del gobierno, Oro pasó a desempeñar función de consejero íntimo y de redactor de proclamas y manifiestos que componía sobre la trama de los apuntes que Ballivián le daba". Es tan grande su influencia sobre el presidente que, según los historiadores, a él debe atribuirse la renuncia de aquél.

Para explicar la ingerencia de extranjeros en las propias funciones gubernamentales se insinúa que en esa época se hacía muy poca diferenciación entre los ciudadanos de Bolivia y de las Provincias Unidas. Esto es evidente y, en gran medida, no eran más que proyecciones de lo que ocurrió durante las jornadas de la Independencia, cuando los revolucionarios y los enemigos de éstos actuaron indistintamente en todos los puntos del continente-nación. Sin embargo, detrás de la actuación política de Oro se escondían inconfundibles intereses económicos de importancia. "No fue obra del azar la elección de su nueva morada, sino que iba a ella en pos del poder económico... Por aquellos tiempos, Bolivia era, como lo es ahora, emporio de negocios mineros, y a emprenderlos iba Domingo de Oro como asociado y representante de dos acaudalados industriales chilenos (Don Matías Cousiño y Don Rafael Torre-Blanca)

que habían patentado en Chile y querían hacerlo en Bolivia y Perú, una máquina de amalgamación para beneficiar minerales de plata" (Pinto Escalier). No es, pues, cosa de la casualidad que Domingo de Oro hubiese brillado como furioso librecambista en el escenario boliviano.

3 TENDENCIAS FUNDAMENTALES DE NUESTRA HISTORIA

¿Quiénes luchaban contra el librecambismo? René-Moreno responde que la "legión de empleados que a puño y pulso, conforme al sistema de la Colonia, convertían las pastas en moneda sellada", que observando atentamente se podía descubrir que "por boca de los superiores resaltan bravías desde abajo las sensaciones, pasiones y preocupaciones de las muchedumbres mestizas de aquella sociedad". ¿Qué debemos entender por muchedumbres mestizas? "El Eco de Potosí" nos ayuda a precisar la expresión. La muchedumbre mestiza era la masa de operarios arruinados por la total desaparición de mil telares como consecuencia del "ilimitado comercio ultramarino", por la desaparición de las manufacturas cochabambinas y, principalmente, esa muchedumbre mestiza estaba formada para maldecir el comercio exterior que había determinado que sus mercancías cayesen en "el menosprecio y vilipendio". Esa muchedumbre mestiza encontró resonancia en los gobiernos "populares", sobre todo en el período de Belzu, y a cambio de su frenético apoyo consiguió una serie de medidas proteccionistas que buscaban estrangular al destructor comercio exterior. El proteccionismo gozó de mucho predicamento y los gobiernos que lo pusieron en práctica se convirtieron en los más populares. Tiene ya que dejarse sentado que la defensa de la pequeña-producción, por muy independiente que sea, nada tiene que ver con el socialismo. Aquí debe buscarse alguna de las explicaciones de ese fenómeno extraordinario que fue el belcismo.

¿Qué buscaban los enemigos del libre comercio? La vuelta a los tiempos coloniales, "se vuelven hacia atrás suspirando por el recuerdo de los tiempos coloniales del monopolio, del consumo y de la producción agrícola a palos y gatos". Buscaban el amparo del gobierno y la ley para evitar la ruinosa competencia de las mercancías de ultramar. Interpretaban -cierto que torcidamente- que el sentido de la independencia era la protección a la industria regnícola, evitar "el extraño fenómeno de ver arruinada su industria, porque le fue imposible sostener la temeraria lucha, a la que se le quiso obligar con los productos extranjeros".

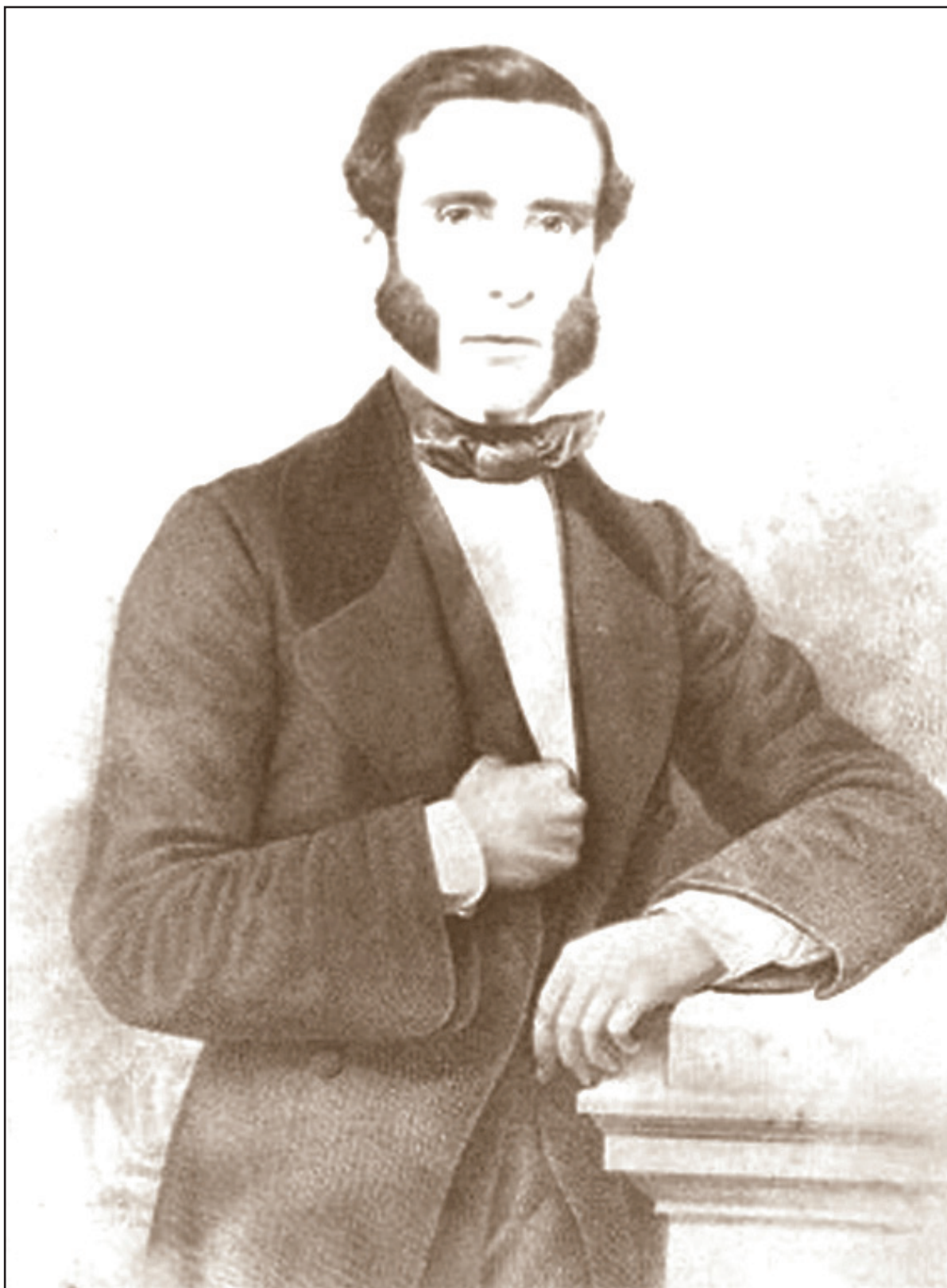
En 1825 apareció en La Paz el semanario "El Estandarte", subvencionado por Belzu, para hacer activa campaña en favor del proteccionismo y combatir a los que pregonaban la necesidad de implantar la libertad de comercio, particularmente de las pastas de plata. Estaba redactado por un reducido grupo de jóvenes, algunos de ellos muy estudioso y que más tarde brillaron en el firmamento de la política y de las letras. Uno de ellos fue Bernardino Sanjinés Uriarte (29), que llegó a cobrar notoriedad como economista. En el campo del periodismo adoptó el seudónimo de "Truhán" y resultó inconfundible por su hiriente ironía y su crítica a las costumbres de la época.

Sobre el tema que nos interesa publicó una serie de artículos humorísticos bajo el título de "Civilizarse para morir de hambre", en los que criticaba al sistema librecambista que usurpa el trabajo del obrero "para reemplazarle con el negocio del importador"; en oposición al proteccionista, que incrementa la industria y beneficia a las clases proletarias del lugar", como dice Juan Mas.

Uno de los temas preferidos del periodista belicoso fue la denuncia sistemática del excesivo recargo de impuestos sobre los artículos de primera necesidad producidos en el país, como la coca de Yungas, el azúcar de Santa Cruz, la harina de Cochabamba, los vinos de Cinti, etc." y la liberación "acordada por el tratado de Arequipa a los similares peruanos".

Los jóvenes intelectuales se vieron obligados a criticar medidas adoptadas por el gobernante de ese entonces. La respuesta fue la suspensión de la ayuda económica a "El Estandarte" y la persecución a sus redactores. Sanjinés se vio obligado a emigrar a Chile y más tarde aparece como seguidor de Linares el librecambista.

Bernardino Sanjinés conocía a los economistas burgueses, particularmente a Adam Smith; de este último repitió, su concepto del valor de las mercancías (nuestro compatriota las llamaba "cosas" determinado por el trabajo).



El presidente librecambista, Dr. José María Linares,
gobernó la República entre 1857 y 1861

Explicar la pugna política a través de la historia como el simple choque de personalidades, como la contienda enconada entre ballivianistas y crucistas, belcistas y linaristas, setembristas y marcistas, obedece a un mero afán de clasificación, de encasillar y catalogar los acontecimientos vivientes en ciertos esquemas fríos y pretenciosos. Parece haberse olvidado que en el fondo se trata de la pugna puramente, abierta o solapada, de la "muchedumbre mestiza", vale decir, de la médula de la nacionalidad, por defender sus intereses de pequeños productos y de artesanos frente al sector más dinámico de la aristocracia terrateniente, de las "gentes ilustradas" dijo el reaccionario René-Moreno, y que desde la oposición o el poder busca abrir las puertas del país al comercio internacional, para en definitiva encontrar un apoyo sólido en él como clase dominante. Considerar la historia como la obra exclusiva de las grandes personalidades constituye una de las normas en nuestra literatura. Todos los que escriben sobre el pasado o lo interpretan parten de una concepción acerca de quien hace la historia; para casi todos esa idea está implícita en sus obras. Como excepción, Agustín Iturricha (30) se creyó obligado a colocar un capítulo sobre la filosofía de la historia como prólogo en su "Historia de Bolivia". Con una abrumadora erudición y mostrando mucha valentía intelectual, pues invoca el testimonio de los mismos pensadores anarquistas como Kropotkine, sostiene que no es la sociedad la que hace al hombre y que el genio modela a su antojo el acontecer histórico, que el apoyo mutuo es la verdadera razón del desarrollo evolutivo. No tenemos que recalcar que Iturricha es un idealista intransigente. En el fondo de las sangrientas luchas entre los diversos bandos políticos se agita la constante y decisiva pugna entre proteccionismo y libre cambio.

"Si bien el germen de estas facciones estaba latente, llegaron ellas a caracterizarse al principio con el nombre de ballivianistas y crucistas; después, de belcistas y linaristas; y hoy están de pie, sangrientas, bajo la horrible consigna de setembristas y marcistas" (31)

Sólo después que la economía, el capitalismo mediante el comercio internacional, había abierto una nueva perspectiva para el progreso del país; sólo después que comenzó en forma progresiva a consumarse la ruina de la producción nacional, una parte de la clase dominante, que se asentaba en el latifundio y que gustaba considerarse como una aristocracia terrateniente, pugnó desde el poder por irnplantar el libre comercio y consumir la total desaparición de los clásicos y famosos telares de algodón y de las pequeñas factorías y precipitar la ruina del pequeño minero. Por medio de estas ruinas se abrió paso la mercancía enviada por las grandes metrópolis. Esta nueva política económica liberal, tan diferente a la practicada por Belzu, ya se perfiló bajo Ballivián, habiendo llegado a su plenitud durante el gobierno Linares, que se tipificó como el gobierno librecambista por excelencia. Linares fue un aristócrata e hizo un gobierno a gusto y sabor de los gamonales, ignorando a la muchedumbre mestiza, violentando sus deseos y objetivos, y atacando mortalmente sus intereses materiales. El caudillo del Partido Rojo sienta las bases del futuro liberalismo entreguista.

El gobierno de Linares, en oposición al de Belzu, para citar únicamente ejemplos típicos, se caracteriza por las medidas que dicta buscando entronizar la más absoluta libertad de comercio y cancela las disposiciones proteccionistas, en una palabra, todo monopolio estatal. En 1858 se suprime el "Banco de Quinas", una de las obras de Manuel I. Belzu, que suponía el monopolio gubernamental en el plano de la exportación de la quina. Se abolió el impuesto del 40% sobre el tocuyo extranjero, estableciéndose en su reemplazo el 13% para el importado por las aduanas de Oruro y La Paz y el 12.5% para el que ingresaba por la aduana de Cobija. La bandera de setiembre -que cobijó a las estratas más atrevidas de la clase dominante- llevaba como divisa central la libertad de comercio y la lucha contra el proteccionismo y los monopolios estatales. Ese fue el programa de Linares, que expresó la brutal reacción oligárquica contra el belcismo artesanal, o marcismo como gustaban calificarlo. Según Baptista, Linares se opuso a "Belzu, gobernante sin pudor, caudillo ignorante, dominando sin programas y sin objeto, apoyándose en la fuerza y sólo para su conservación personal" (32).

Linares encarna, y de una manera consciente, la evidencia de que en Bolivia no fueron las masas populares las que conquistaron, después de lucha tenaz, la libertad de comercio, ésta fue implantada desde el poder y de manera autoritaria, aplastando, previamente, la resistencia del artesanado, de la "muchedumbre mestiza", vale decir, de todo el país, en provecho directo de la clase dominante, económicamente poderosa aunque reducida por su número. Los métodos dictatoriales de gobierno sirvieron al liberalismo económico.

Sigamos a Linares en la fundamentación de las bases programáticas de la "revolución regeneradora de setiembre": "Con el mismo fin de darle mayor impulso a la minería y con el de proporcionarle un retorno

más a nuestro comercio, declaré libre de todo derecho la exportación de nuestros metales en bruto por agua y tierra...

"Por la mayor facilidad para el contrabando y por las trabas del comercio es perjudicial toda aduana interior, y quitar las que tenemos fue uno de los objetos que me proponía en el tratado que debía negociar y que desgraciadamente no consiguió Fernández negociar. Por las instrucciones de éste, veréis cómo la manera de reemplazar aquellas nos hubiera traído la ventaja, no sólo de extinguir el contrabando, y de darle al comercio un gran ensanche, pues que habría quedado el comerciante en libertad de conducir sus efectos por donde hubiese querido, sino también la de hacer innecesarios tantos empleados... " (33).

El caudillo, incansable conspirador y cuya vida fue una cátedra de moral individual, utiliza hasta el mensaje presidencial para arremeter contra el proteccionismo, que tanto vale decir contra el belicismo plebeyo. Tiene que subrayarse el pensamiento de Linares sobre la urgencia de abandonar los sueños de industrialización de la producción de materias primas. El análisis es profundo y perspicaz. El librecambio nos condenó a ser país sin grandes industrias y fuente de materias primas.

"Nada ha mostrado de manera más palmaria lo absurdo del sistema proteccionista, que lo sucedido entre nosotros con el tocuyo, pues ni se ha fabricado en mayor escala, ni ha mejorado en calidad y precio, y el extranjero se ha introducido siempre, sin producirle al fisco un maravedí. Tales hechos y mis principios diametralmente opuestos a toda restricción industrial, me decidieron a bajar el fuerte derecho con que se tenía gravado a tocuyo extranjero, y desde entonces nos viene legalmente, sino en su totalidad, en su mayor parte.

"Un error en algunos de nuestros hombres de Estado, y en otros, ha contribuido a la adopción de medidas restrictivas, el de creer que podemos ser manufactureros, cuando no lo podremos ni en muchos años. Entre tanto parece que nadie se fijara en que sería para nosotros un riquísimo venero el cultivo esmerado de las materias primas".

La pugna entre libre cambio y proteccionismo, punto visible de la lucha de clases en ese momento, inclinó a los intelectuales extranjeros y nacionales a vituperar contra Belzu, campeón del proteccionismo, y a loar desmedidamente a Linares, líder indiscutido del libre cambio.

Las fuerzas productivas pugnaban, de una y otra manera, contra el tremendo peso de los resabios feudales. Eso es lo que encontramos en el fondo de la lucha entre partidarios de la irrestricta libertad de comercio y los que propugnaban una serie de medidas gubernamentales para salvar de la ruina a la incipiente industria colonial. Ya lo dijeron los librecambistas: Bolivia debía conformarse con ser productora de materias primas y abandonar los sueños de una futura industrialización, desde el momento que en el mercado mundial sobran las manufacturas. Las clases sociales antagónicas no hacen otra cosa que traducir tales tendencias. Los discursos de los caudillos, lo que dicen y escriben los intelectuales y políticos es sólo oropel, que muchas veces encubre la tremenda realidad material.

5 EL OROPEL DE LOS INTELECTUALES

El fracaso de la aristocracia terrateniente en la política y en el gobierno, la constatación de que Bolivia languidece en su aislamiento, la importancia frente a la lucha caudillista que hace acaso más daño que la propia miseria, modelan la actitud de la "inteligencia" de la época. Casi todos los escritores son víctimas de la política, la persecución ha destrozado sus vidas y hasta sus liras.

A Linares, el gobernante aristócrata más intelectualizado, le rodean poetas como Daniel Calvo, Domingo Delgadillo, Ramón Rosquellas, Mariano Ramallo, Almanzar Prudencio, Cortés, Manuel José Tobar, etc. Linares en sus mensajes al Congreso habla en forma ruda de sus decepciones y pesimismo como gobernante, y sin saberlo señala la norma estética a los versificadores que, con pocas excepciones, son hijos desamparados de las musas.

El romanticismo boliviano, eco retardado y deformado de su símil europeo, es la expresión literaria de la importancia y quiebra total de la aristocracia terrateniente, de la casta feudal, como clase dominante.

Los modelos europeos son caricaturizados. La afectación formal, hasta llegar al ridículo, sustituye a la verdadera poesía. La melancolía y el pesimismo llegan a extremos insospechados. El refugio en el misticismo cristiano (entonces una actitud obligada) encubre el miedo a razonar sobre los problemas candentes del momento. El europeísmo es la fuga constante de una tierra recia, llena de vitalidad, indómita y salvaje. El indio y el artesano, el cholo, enemigo de clase de la casta feudal, no encuentran sitio en la escuela romántica. Cuando estas estratas sojuzgadas de la sociedad hacen la historia, lo hacen contra los intereses de los señores feudales, de ahí que "los románticos" sólo tengan para ellas frases de desprecio. El europeísmo era una modalidad casi obligada de la literatura de la época.

El reencuentro con la tierra, con el indio, con el cholo es protagonizado en forma tímida por la generación del ochenta, meritoria por muchas razones. Entonces la pugna entre los "amigos" de los humildes y los panegiristas de la aristocracia terrateniente y de sangre, se hace palpable.

El naturalismo en literatura y el positivismo en filosofía se hacen presentes partiendo de la base de la incorporación del país al proceso de la explotación capitalista.

"En ese medio confuso, inestable, de bruscas transiciones, aparecen los románticos, primera escuela o tendencia definida de nuestras letras republicanas "La Escuela Romántica, en Bolivia, es borrosa, trivial, imitativa. Fácil es reconocer en los líricos de aquel tiempo la influencia de Lamartine, Hugo, Musset, Byron, Espronceda, Bécquer. Casi todos son españolizantes de sustancia y afrancesados de corteza. Carecen de originalidad en los temas, de elegancia en la expresión, limitándose al culto de los románticos franceses y españoles, que a su vez seguían el romanticismo nórdico; reflejo de reflejos, eco de ecos, como apunta un crítico perspicaz" (34)

En la ciudad de Sucre y en 1864 (Presidencia de Achá) aparece, el 31 de enero, el primer número de "La Aurora Literaria", periódico mensual -así se lee en la tapa-, y que es nada menos que el vocero del romanticismo boliviano. La revista era publicada por la Sociedad Literaria, en cuyo seno convivían Belisario Loza, Manuel María Caballero, Manuel José Cortés, Federico Gonzáles, María Josefa Mujía, Ramón Rosquellas, Jorge Delgadillo, Félix Reyes Ortiz, Celso Reyes, Angel Casto Valda, Sebastián Dalence, etc.

Es en "La Aurora Literaria" donde Manuel María Caballero publica "La isla", "novelita de corte típicamente romántico" (Fernando Diez de Medina), que, más tarde, servirá de antecedente a esa novela pésima de Jaime Mendoza que se titula "El lago enigmático".

A mediados del siglo XIX y bajo el influjo del vizconde de Chateaubriand (1768-1848) se opera en Bolivia el retorno al catolicismo ortodoxo, que más tarde, en las décadas sexta y octava librará batalla contra el positivismo desde el seno del Partido Conservador. En 1842 se publica en La Paz la traducción al español de "El siglo de oro del cristianismo" (35).

Junto a las tendencias católicas insurgentes tuvo enorme influencia la escuela ecléctica del filósofo francés Víctor Cousin (1792-1867), que en el fondo se trata de un disimulado retorno al idealismo.

Tal cambio de frente filosófico de la clase dominante encuentra su sanción legal en el Decreto de 25 de agosto de 1845, que regla el funcionamiento de las universidades. Dicha disposición legal establece el desplazamiento de los materialistas de las más diversas corrientes por la religión y los pensadores católicos

El mencionado Decreto -dictado por José Ballivián (1804-1852)- estaba dirigido contra el barón de Holbach (1723-1789), filósofo francés materialista y ateo; el francés Destutt de Tracy (1754-1836), seguidor de la escuela sensualista de Condillac (1715-80), etc.

Hay que subrayar que el mariscal J. A. de Sucre (1795-1830) estableció en el "Reglamento orgánico para los colegios de ciencias y artes" -obra de Simón Rodríguez y aprobado el 28 de octubre de 1827-, que la enseñanza filosófica oficial debía ajustarse a las obras de Holbach ("Moral Universal"), del utilitarista inglés Jeremías Bentham ("Tratados y pruebas legales"), de Destutt de Tracy ("Ideología"), etc. La enseñanza oficial, establecida inmediatamente después de la Independencia, prescindía en absoluto de la religión.

"El argentino don Juan Ignacio Gorriti, en su libro 'Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones

internas en los nuevos estados americanos' (en la edición argentina de 1916 de este libro se añade al título: y examen de los medios eficaces para reprimirlas". Los Editores, 1996), escrito en Cochabamba y publicado en Valparaíso en 1836, hacía notar que ese Decreto estaba en contradicción con las leyes fundamentales de la República que establecían la conservación de la religión católica y refiriéndose a la obra de Destutt de Tracy sostiene que era una obra trabajada de intento para propagar de un modo sistemático el materialismo, que no solamente choca con los misterios de nuestra religión, sino que ha aplicado la ciencia al cimiento de todas las religiones y de todas las leyes". (Guillermo Francovich).

Alrededor de 1880, cuando en el país se opera un cambio violento en todos los aspectos de la vida social, en la economía y en el pensamiento, el positivismo (reduce lo cognoscible a la experiencia inmediata de la realidad) encuentra una amplia difusión y después de la llamada Revolución Federal (liberal) de 1899 se convierte en la escuela filosófica oficial. Los liberales enarbolaron la bandera del positivismo en su apasionada lucha contra los conservadores y la iglesia.

Es cosa conocida que -más tarde y desde el poder- los liberales libre pensadores y masones hicieron concesiones fundamentales a la iglesia y después todos ellos formaron filas en el frente ideológico que tan enconadamente combate al materialismo contemporáneo, a los materialismos dialéctico e histórico (al marxismo).

Federico Engels, al analizar el desarrollo del materialismo tanto en Inglaterra como en Francia, concluye que la burguesía utiliza el ateísmo para remarcar su posición revolucionaria y de lucha contra el feudalismo, para poco después retornar al seno de la religión, esto cuando ya en el poder es seriamente amenazada por la clase obrera (36).

En Bolivia fue posible que el positivismo se impusiera con tanta facilidad porque aprovechó la labor paciente que desde mediados del siglo XIX realizaron los enemigos de la religión y del idealismo (a veces resultó una tarea muy difícil desde la oposición política). También favoreció el convencimiento de que colonialismo y clericalismo marcharon del brazo; en su momento ayudó a que se aclimatasen fácilmente algunas ideas anarquistas.

Entre los líderes que pugnaban por la vuelta al materialismo de los primeros momentos de la República se cuentan Manuel Caballero y Angel Menacho, de quienes Gabriel René-Moreno dice lo siguiente:

"De vasta ilustración y de índole pacata el primero, y de talento brillante y seductor el segundo, ambos fueron hijos del Departamento de Santa Cruz, modestos hasta la timidez, materialistas empedernidos, profesores en ramas de mayor o menor importancia. Las dotes de estos hombres se complementaban entre sí para la empresa que muy quedos acometieron en torno suyo, contra toda creencia en un orden sobrenatural o revelado, procurando encaminar las ideas de sus adeptos hacia el positivismo experimental de las ciencias naturales".

Ellos reunieron a sus amigos de ideas en la "Sociedad Philletica", fundada en Sucre en 1851 para el cultivo de "las ciencias y letras y el estudio de las artes en cuanto tienden a perfeccionar aquellas". Las diversas escuelas filosóficas y religiosas obedecían a influencias foráneas. Francovich añade que "contribuyó también mucho a la difusión de las nuevas ideas la presencia en el país de algunos hombres de ciencia europeos, como Rodolfo Falb y la Comisión científica italiana que visitó Santa Cruz hacia 1875".

En 1876 en La Paz se fundó el "Círculo Literario", que en su revista divulgó las teorías darwinianas; acaudillaban el grupo Agustín Aspiazú y Julio Méndez, dos materialistas que calaron hondo en la práctica liberal.

En el campo filosófico la preeminencia de la escuela de Chateaubriand y la ecléctica de Cousin significaba lo que el romanticismo en el campo literario y obedecía a las mismas causas.

Llegado el momento y cuando el Estado adopta como sistema filosófico propio las tendencias materialistas, el catolicismo, lejos de desaparecer, alienta a los grupos de oposición. De la misma manera supo el positivismo actuar utilizando los mismos métodos durante el período de predominio del catolicismo como doctrina oficial. La cambiante gama ideológica se explica porque la capa social dominante de turno la utiliza conforme a sus intereses materiales.

En el ochenta la pugna entre el positivismo y el catolicismo adquiere, más que nunca, una franca expresión política en la lucha que entablan entre sí los partidos liberal y conservador o constitucional.

Junto al auge del romanticismo ya se dan los síntomas precursores del futuro movimiento intelectual del ochenta, uno de los más importantes de nuestra historia. Ya hemos indicado que Manuel María Caballero y César Menacho, cuya cultura se asentaba en el positivismo y en las enseñanzas de los científicos de entonces (Cocote, Buffón y Linneo, de éste último se leyó mucho su "Historia Natural"), organizaron la "Sociedad Philletica", que inmediatamente se convirtió -y en verdad fue organizada para eso- en refugio de librepensadores y ateos. Desde la década sexta del siglo XIX cobra impulso la organización de logias masónicas, entonces subordinadas a los orientes de Lima y Chile, para que sirviesen de trincheras en el ataque a las ideas conservadoras y católicas, que constituían la superestructura del mundo feudal. De esa época arranca la organización de la primera logia de La Paz, llamada "Obreros del Porvenir" número 10 y cuyo fundador fue el insigne José Rosendo Gutiérrez. Nos estamos refiriendo a los masones que se organizan dentro del país con la finalidad de controlar la política y la economía nacionales.

Ha sido hallado en la ciudad de Sucre un manuscrito que contiene los "Estatutos de la Logia Masónica" e incluye la lista de sesenta y cuatro masones, cuyos nombres están cifrados. Los responsables de la organización firman con seudónimos. Parece que esta Logia tenía a algunos de sus elementos diseminados a lo largo del país. Estas características denuncian que la mencionada institución funcionó en una época de predominio del catolicismo. Seguramente se trata del primer documento en esta materia (37). En el articulado de los mencionados Estatutos se lee que una de las atribuciones de la Logia consiste en la elección del candidato a la Presidencia de la República. Estos masones eran demasiado sinceros y estaban seguros que podían proclamar en voz alta lo que ellos consideraban que era una de sus atribuciones privativas. No se ignora que las logias, más tarde, nunca dejaron de "usar" ese su derecho, aunque tuvieron el cuidado de no incluirlo en ninguno de sus estatutos. A la sinceridad siguió la hipocresía estudiada.

En 1885 y en la ciudad de La Paz se editó la "Constitución, Estatutos, Reglar de Orden y antiguos cargos" de la Gran Logia del Perú. De esta manera se buscaba difundir la doctrina y los métodos organizativos masónicos, pues las logias de una parte de Bolivia estaban inspiradas desde Lima. La masonería en ese entonces jugaba todavía un rol progresista; durante la Independencia fue vanguardia ideológica y política, luego, a fines del siglo pasado, actuó como núcleo medular del liberalismo. Los "herrvanos" de las logias, gracias a su posición de avanzada, tomaron contacto con los núcleos de trabajadores e influenciaron enormemente en la formación de su ideología.

La pugna entre conservadores y libre-pensadores no se manifestó con la misma claridad en el campo económico-político; hecho que se debía a que los primeros tenían sólo un pie en la gran hacienda y el gamonalismo y el otro había penetrado profundamente en la minería, que imponía afrontar profundas transformaciones gubernamentales. Las tareas que imponía imperiosamente la realidad pudieron más que todos los malabarismos terminológicos. Los que se autotitulaban conservadores, enemigos jurados de los masones y que se apoyaban en su actividad cotidiana en el clericalismo y en la casta feudal aristocratizante, jugaron un papel progresista, a veces más importante que el cumplido por el mismo Partido Liberal: iniciaron la incorporación del país a la economía mundial; allanaron las dificultades para facilitar la invasión de capital extranjero, impulsaron la construcción de ferrocarriles y ligaron la banca a los intereses ingleses, que habían convertido a Chile en el baluarte de sus actividades. A su turno los liberales, cediendo a regañadientes frente al ataque cerrado de los conservadores, no tuvieron más remedio que hacer enormes concesiones al clericalismo: no intentaron seriamente la separación del Estado y la Iglesia; el matrimonio civil y el divorcio llegaron con demasiado retraso; la escuela laica no pasó de ser un enunciado lírico.

El romanticismo y el catolicismo fueron, como ideología, movimientos negativos y destructores que persiguieron sañudamente las ideas intelectuales renovadoras. Las enseñanzas y el ejemplo del saintsimoniano Simón Rodríguez se perdieron sin haber encontrado eco entre sus contemporáneos, en gran medida oscurecidos por la prédica incesante de la iglesia. Fue necesario que llegase el año 1862 para que se de en Potosí, centro influenciado por el gran número de artesanos y los trabajadores mineros, un intento de interpretación del atraso boliviano como el resultado del predominio político de una clase y que llevaba en sus entrañas una profunda intención social. En este movimiento aislado se puede ver la expresión intelectual de los deseos e intereses de las clases oprimidas, cierto que en forma confusa y errada. Antonio Quijarro, que junto con Omiste, Macedonio Araujo, Calvimonte, etc. publicaron

"El Tiempo" y tuvieron influencia decisiva en la Unión Obrera, al inaugurar "El Club" de Potosí sintetizó en la siguiente forma su pensamiento: "Compleja sin duda es la causa de los escasos adelantamientos de Bolivia en el movimiento ascensional del progreso, del malestar político y de la insensata guerra civil que la devora. No se puede desconocer esta verdad. Pero también es evidente que el manantial más fecundo del infortunio público, con esta o la otra excepción, se halla en el hecho de haberse establecido la estratocracia como forma ordinaria de gobierno".

Quijarro entendía por estratocracia como el gobierno de una "sola capa social"; esta vez como el gobierno de los oscurantistas.

Santiago Vaca Guzmán, que es el que ha escrito la mejor crítica de la literatura boliviana, emite conceptos acertados y definitivos al juzgar el romanticismo. Su obra continúa vigente en esta segunda mitad del siglo XX. De paso recordemos que demostró, y esto en 1846, el carácter no socialista del Imperio de los Incas, plato recalentado que cierto "marxista" nos ha presentado, más tarde, como "su" descubrimiento. No es el lugar ni el momento para emitir una valoración de la obra integral del insigne pensador.

Vaca Guzmán propugnó el retorno a la tierra, tesis que estaba conforme con su avanzado pensamiento político. Sostener eso el ochenta era algo más que una temeridad y, sin embargo, así se dejó abierto el surco del porvenir.

Para el autor de "Literatura Boliviana" el defecto capital de la poesía romántica no radica en su carácter melancólico, rasgo común y distintivo de toda creación auténticamente nuestra y enraizada en el suelo boliviano. Mucho más tarde, Mariátegui demostró que la melancolía inconsolable formaba parte del espíritu indígena (38). Este defecto radicaba en su carácter extranjerizante, en que daba las espaldas al país y lo ignoraba: "Puede decirse que esa manera de expresarse, hija del lirismo, es el medio adoptado por la poética moderna. Su defecto capital consiste en que del fondo de aquellos cantos no salen las notas peculiares del país de donde proceden tales vibraciones. Todo está allí menos el semblante de la patria; todo menos el reflejo de nuestras costumbres, de nuestra vida íntima, el color local de esa variada naturaleza" (39).

El atraso y aislamiento determinaron que Bolivia viviese parasitariamente de la cultura europea: "ese pueblo aislado recibía tardíamente, como por un rebalse de las ideas que se derraman y desenvuelven en la época, algunos fragmentos del pensamiento europeo y poco, muy poco de la labor intelectual de América".

"Esa incomunicación debía limitar necesariamente el teatro de sus concepciones y reducir el vuelo de sus ideas".

Se trataba del tributo pagado por la literatura de todo el Continente. Vaca Guzmán anota que la influencia foránea aparece mayormente acentuadas en los poetas bolivianos, "que han seguido las huellas de Lamartine, Hugo, Musset y Espronceda" (40). Tal influencia es presentada como una de las causas del sentimentalismo de los románticos: "Hay para este sentimentalismo... diversas causas: por una parte es necesario no olvidar la influencia de los modelos que han servido de pauta a nuestros escritores, muchos de los cuales, como el celebrado Espronceda dejan saborear en sus versos el más desolante y seductor escepticismo; por otra parte, las emociones de aquella vida tranquila en el hogar, insegura en la sociedad, las agitaciones políticas que llevan incesantemente el abatimiento al espíritu afectan con mayor motivo las almas soñadoras y delicadas que respiran en esa atmósfera volcánica, propia de un país en perpetua convulsión e inquietud... el "mal del siglo", esa tendencia, decimos, debía tener mayor desarrollo en aquel teatro donde el sufrimiento público hiere más hondamente las naturalezas privilegiadas". "... Entre esa numerosa falange todos han sido actores en el luctuoso drama político, no existiendo tal vez uno solo que no haya jugado la vida más de una vez en los azares de la guerra civil".

La vigorosa crítica pudo ser ilustrada por ejemplos vívidos. Manuel José Tobar, un enfermo del "mal del siglo", que en Bolivia era enfermedad incurable de la decadente casta feudal, se eliminó con un disparo de revólver por consideraciones puramente estéticas. Ese suicidio aparece como el símbolo de una realidad social, pues expresa, en el plano individual, la importancia y la caducidad de la clase dominante, que no pudo crear nada imperecedero en arte ni en nada.

Santiago Vaca Guzmán no pretendió fundar una escuela, pero tuvo sus seguidores y algunos de éstos

llegaron a alturas insospechadas. Citamos a uno de ellos, José David Berríos que, al igual que el maestro, difundió su pensamiento desde las publicaciones argentinas. El análisis que hace de la creación poética de José Manuel Cortés es una pieza de antología. Comienza subrayando la persistente presencia de la melancolía (en nuestra literatura era, a veces, el único personaje con algún vigor). "Y creo oportuno señalar aquí uno de los caracteres especiales de la musa boliviana: la melancolía" (41).

Cortés, un redomado creyente -según sostiene su crítico-, no duda, "experimenta desaliento, causados por el ansia del ver lo futuro; o aguijoneado por el dolor". El poeta en su amplia producción no tuvo el menor inconveniente en juntar junto a una oda al Oriente, a la Patria, con otras al erotismo, a la ausencia, a Cristo y con maldiciones forzadas a Rosas, siguiendo así las huellas del argentino Marmol:

*"En tu larga agonía, la nómina repita
de tus negros delitos, airado satanás;
y en tanto que en el pecho tu corazón palpita,
atice el infierno las hogueras más y más".*

(19). Carlos Marx, "Proteccionismo y librecambio" (discurso pronunciado en 1848), Buenos Aires, s. f.

(20). Carlos Marx, op. cit.

(21). "Trabajos de la diputación permanente instalada el 9 de noviembre de 1825", En "Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre", T. XIII, Sucre, 1912.

(22). Sotomayor Valdez, op. cit.

(23). Sotomayor Valdez, op. cit.

(24). Gabriel René Moreno, "Ensayo de una bibliografía de los periódicos de Bolivia", Santiago de Chile, 1905.

(25). Marx y Engels, "Biografía del Manifiesto Comunista", Editorial México, 1949.

(26). Rosa Luxemburgo, "La acumulación del capital", Madrid, 1933.

(27). Gabriel René-Moreno, "Notas biográficas y bibliográficas", Santiago de Chile, 1901.

(28). Este dato y los siguientes son tomados de la "Semblanza de D. Domingo de Oro", por Arturo Pinto Escalier, "La Razón", 30 de octubre de 1949.

(29). Juan Mas, "Siluetas contemporáneas, El doctor Bernardino Sanjinés Uriarte", La Paz, 1898.

(30). "Agustín Iturricha, "Historia de Bolivia bajo la administración del Mariscal Andrés de Santa Cruz", Sucre 1920.

(31). Gabriel René-Moreno, "Matanzas de Yañez". Potosí, 1954.

(32). Mariano Baptista, "El 14 de enero en Bolivia", Valparaíso, 1861.

(33). "Mensaje del ciudadano José María Linares al Congreso de 1861", Valparaíso, abril de 1861.

(35). Guillermo Francovich, "La filosofía en Bolivia", Buenos Aires, 1945.

(36). Federico Engels, "La filosofía y la vida", Buenos Aires, 1946.

(37). El original en los archivos de G. L.

(38). José Carlos Mariátegui, "Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana", Lima 1944.

(39). Santiago Vaca Guzmán, "Literatura boliviana".

(40). Santiago Vaca Guzmán, "La literatura boliviana, escritores en verso", en "Nueva Revista de Buenos Aires", Tomo II, 1881.

(41). José David Berrios, "José Manuel Cortés" en "Revista de Buenos Aires", Tomo VI, 1883.